

HISTORIA DE UN PROCESO
EVOLUCIÓN EN LA CONCEPCIÓN DEL MUNDO Y DEL SER HUMANO
EN LA LITERATURA ESPAÑOLA
(SIGLOS XII – XVIII)

Historia de la literatura
4º de ESO

Profesor Herminio Crespo

I. SIGLOS XII-XIII

I se echaba mio Çid despues que fue çenado.

Un sueñol priso dulce, tan bien se adurmio.
 El angel Gabriel a el vino en vision:
 'Cavalgad, Çid, el buen Campeador,
 ca nunqua en tan buen punto cavalgo varon;
 mientras que visquiereades bien se fara lo to.'
 Quando desperto el Çid la cara se santigo;
 sinava la cara, a Dios se acomendo.

ANÓNIMO: *Poema de mio Çid*
 (Edición de Collin Smith. Ed. Cátedra)

INTRODUCCIÓN A
MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA

Amigos e vassallos de Dios omnipotent,
 si vos me escuchássedes por vuestro consiment,
 querriavos contar un buen aveniment:
 terrésdeslo en cabo por bueno verament.

Yo, maestro Gongalvo de Verceo nomnado, /yendo en romería caeci en un prado, /
 verde e bien sencido, de flores bien poblado, /logar cobdiciaduero pora omne cansado.

Davan olor sovejo las flores bien olientes, /refrescavan en omne las caras e las mientes;/ manavan cada canto
 fuentes claras, corrientes, / en verano bien frías, en invierno calientes.

Avié y grand abondo de buenas arboledas, / milgranos e figueras, peros e manzanedas, /
 e muchas otras fructas de diversas monedas, /mas non avié ningunas podridas ni azedas.

La verdura del prado, la olor de las flores, /las sombras de los árboles de temprados sabores/ refrescáronme
 todo e perdí los sudores: / podrié vevir el omne con aquellos olores.

Nunca trobé en sieglo logar tan deleitoso,/ nin sombra tan temprada ni olor tan sabroso;/ descargué mi
 ropiella por yazer más vicioso,/ poséme a la sombra de un árbol fermoso.

Yaziendo a la sombra perdí todos cuidados,/ odí sonos de aves, dulces e modulados;/
 nunca udieron omnes órganos más temprados,/nin que formar pudiessen sonos más acordados.

Unas tenién la quinta e las otras doblavan,/ otras tenién el punto, errar no las dexavan;/
 al posar, al mover, todas se esperavan,/aves torpes nin roncas y non se acostavan.

Non serié organista nin serié Violero,/ nin giga ni salterio nin mano de rotero,/ /
 nin estrument nin lengua nin tan claro vocero/ cuyo canto valiesse con esto un dinero.

Pero que vos dissiemos todas estas bondades,/non contamos las diezmas, esto bien lo creades,/ que avié de
 noblezas tantas diversidades/que no las contarién priores ni abbades.

El prado que vos digo avié otra bondat:/ por calor nin por frío non perdié su beltat,/ /
 siempre estava verde en su entegredat,/ non perdié la verdura por nulla tempestat.

Manamano que fui en tierra acostado,/ de todo el lazerio fúi luego folgado;/ /
 olvidé toda cuita, el lazerio passado,/ qui allí se morasse serié bien venturado.

Los omnes e las aves, quantas acaecién,/ levavan de las flores quantas levar querién;/
mas mengua en el prado ninguna non facién,/ por una que levavan tres e cuatro nazién.

Semeja esti prado egual de Paraíso/en qui Dios tan grand gracia, tan grant bendición miso;
el que cryó tal cosa maestro fue anviso,/ omne que y morasse nunca perdríe el viso.

El fructo de los árboles era dulce sabrido,/ si don Adam oviesse de tal fructo comido,/
de tan mala manera non serié decibido,/ nin tomarién tal daño Eva ni so marido.

Señores e amigos, lo que dicho avemos/ palabra es oscura, esponerla queremos;/
tolgamos la corteza, al meollo entremos,/ prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos.

Todos quantos vevimos, que en pides andamos,/ siquiere en presión o en lecho yagamos,/ todos somos
romeos que camino andamos;/ San Peidro lo diz esto, por él vos lo provamos.

Cuanto aquí vevimos, en ageno moramos,/ la fiança durable suso la esperamos;/
la nuestra romería estonz la acabamos/ cuando a Paraíso las almas enviámos.

En esta romería avemos un buen prado,/ en qui trova repaire tot romeo cansado:/
la Virgin gloriosa, madre del buen Criado/ del cual otro ninguno egual non fue trobado.

Esti prado fue siempre verde en onestat,/ ca nunca ovo mácula la su virginidat:/
post partum et in partu fue virgin de verdat,/ illesa, incorrupta en su entegredat.

Las cuatro fuentes claras que del prado manavan/ los cuatro evangelios, esso significavan,/
ca los evangelistas cuatro que los dictavan/ cuando los escrivién con Ella se fablavan.

Cuanto escrivién ellos Ella lo emendava,/ esso era bien firme lo que Ella laudava;/
pareze que el riego todo d'Ella manava,/ cuando a menos d'Ella nada non se guñava.

La sombra de los árboles, buena, dulce e sanía,/ en qui ave repaire toda la romería,/
sí son las oraciones que faz Santa María,/ que por los pecadores ruega noche e día.

Cuantos que son en mundo, justos e pecadores,/ coronados e legos, reys e emperadores,/
allí corremos todos, vassallos e señores,/ todos a la su sumbra imos coger las flores.

Los árboles que facen sombra dulce e donosa/ son los santos miraclos que faz la Gloriosa,/
ca son mucho más dulces que azúcar sabrosa,/ la que dan el enfermo en la cuita raviosa.

Las aves que organan entre esos fructales,/ que an las dulces voces, que dizen cantos leales,/ éstos son
Agustino, Greogorio, otros tales,/ quantos que escribieron los sos fechos reales.

Estos avién con Ella amor e atencencia,/ en laudar los sos fechos metién toda femencia;/
todos fablavan d'Ella, cascuno su sentencia;/ pero tenién por todo todos una creencia.

D'el roseñor que canta por fina maestría,/ siquiere la calandria que faz grand melodía,/
mucho cantó mejor el barón Isaía/ e los otros prophetas, onrada compañía.

Cantaron los apóstoles muedo muy natural,/ confesores e mártires facién bien otro tal;/
Ella con grand derecho es clamada Sión,/ ca es nuestra talaya, nuestra defensyón;/
las vírgines siguieron la grand Madre caudal,/ cantan delante d'Ella canto bien festival.

Por todas las iglesias, esto es cada día,/ cantan laudes ant Ella toda la clerecía;/
todos li facen cort a la Virgo María,/ éstos son rosseñoles de grand placenteria.

Tornemos ennas flores que componen el prado,/ que lo facen fermoso, apuesto e temprado;/ las flores son los
nomnes que li da el dictado/ a la Virgo María, madre del buen Criado.

La benedicta Virgen es estrella clamada,/ estrella de los mares, guiona deseada,/
es de los marineros en las cuitas guardada,/ ca cuando ésse venden, es la nave guñada.

Es clamada, y eslo, de los cielos reina,/ templo de jesu Christo, estrella matutina,/ señora natural, piadosa vezina,/ de cuerpos e de almas salud e medicina.

Ella es vellocino que fue de Gedeón,/ en qui vino la lluvia, una grand vission;/
Ella es dicha fonda de David el varón,/ con la cual confondió al gigant tan fellón.

Ella es dicha fuent de qui todos bevemos,/ Ella nos dio el cevo de qui todos comemos;/
Ella es dicha puerto a qui todos corremos;/ e puerta por la cual entrada atendemos.

Ella es dicha puerta en sí bien encerrada,/ pora nós es abierta pora darnos entrada;/
Ella es la palomba de fiel bien esmerada,/ en qui non cae ira, siempre está pagada.

Ella con grant derecho es clamada Sión,/ ca es nuestra talaya, nuestra defension;/
Ella es dicha trono del rei Salomón,/ rei de grand justicia, sabio por mirazon.

Non es nomne ninguno que bien derecho venga/ que en alguna guisa a Ella non avenga;/
non ha tal que raíz en Ella no la tenga,/ nin Sancho nin Domingo nin Sancha ni Domenga.

Es dicha vid, es uva, almendra, malgranada,/ que de granos de gracia está toda calcada,/ oliva, cedro, bálssamo, palma bien ajumada,/ piértega en que sovo la serpiente alzada.

El fust que Moisés enna mano portava,/ que confondió los sabios que Faraón preciava,/ el que abrió los mares e después los cerrava,/ si non a la Gloriosa, ál non significava.

Si metiéramos mientes en ell otro bastón/ que partió la contienda que fue por Aarón,/ ál non significava, como diz la lección,/ si non a la Gloriosa esto bien con razón.

Señores e amigos, en vano contendemos,/ entramos en gran pozo, fondón no.l trovaremos;/ más serién los sus nomnes que nós d'Ella leemos/ que las flores del campo, del más grand que savemos.

De suso lo dissiemos que eran los fructales/ en qui facién las aves los cantos generales,/ los sus sanctos miraclos, grandes e principales,/ los cuales organamos ennas fiestas cabdales.

Quiero dexar con tanto las aves cantadores,/ las sombras e las aguas, las devant dichas flores,
quiero d'estos fructales tan plenos de dulzores/ fer unos pocos viessos, amigos e señores.

Quiero en estos árboles un ratiello sobir/ e de los sos miraclos algunos escribir;/
la Gloriosa me guíe que lo pueda complir,/ ca yo non me trevria en ello a venir.

Terrélo por miraculo que lo faz la Gloriosa/ si guiarme quisiere a mí en esta cosa;/
Madre, plena de gracia, reina poderosa/ Tú me guía en ello, ca eres piadosa.

GONZALO DE BERCEO: *Milagros de Nuestra Señora.*
(en *Obra completa*, ed. Espasa Calpe. Coord. Isabel Uría)

II. SIGLO XIV

CÓMO MURIÓ TROTA CONVENTOS Y CÓMO EL ARCIPRESTE HACE SU PLANTO,
DENOSTANDO Y MALDICIENDO A LA MUERTE

1520. ¡Ay muerte! ¡Muerta seas, bien muerta malandante!,
¡Matásteme a mi vieja! ¡Matárasme a mí antes!
enemiga del mundo, no tienes semejante;
de tu memoria amarga nadie hay que no se espante.
1521. Al que hieres tú, muerte, nadie lo salvará;
humilde, bueno, malo, noble, no escapará;
a todos te los Llevas, diferencia no habrá;
tanto el Rey o el Papa ni chica nuez valdrá.
1522. No respetas parientes, señorío, amistad;
con todo el mundo tienes continua enemistad;
no existe en ti el amor, clemencia, ni Piedad,
sino dolor, tristeza, mucha pena y crueldad.
1523. Jamás nadie de ti se ha podido esconder
y ninguno ha podido contigo contender;
la tu venida triste no se puede entender;
cuando llegas, no quieres a ninguno atender.
1524. Dejas el cuerpo yerto a gusanos en huesa,
el alma la separas del cuerpo con gran priesa,
no está el hombre seguro de tu carrera aviesa;
de hablar sobre ti, muerte, espanto me atraviesa. [...]
1569. ¡Ay! ¡Mi Trotaconventos leal y verdadera!
Muchos te amaban viva; muerta yaces señora.
¿Dónde te han conducido? No sé cosa certera;
nunca torna con nuevas quien anda esta carrera.
1570. Es cierto que en el Cielo estás tú ya sentada;
¡por los mártires debes estar acompañada,
pues fuiste en este mundo por Dios martirizada!
¿quién te me arrebató, vieja, por mi penada? [...]

ARCIPRESTE DE HITA: *Libro de buen amor*.
(Edición actualizada de Nicasio Salvador en Ed. Origen)

III. SIGLO XV

[V]

Este mundo es el camino
para el otro, qu'es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar;
partimos quando nascemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
assí que quando morimos
descansamos.

[VI]

Este mundo bueno fué
si bien usásemos dél
como devemos,
porque, segund nuestra fe,
es para ganar aquél
que atendemos.
Haun aquel fijo de Dios
para sobirnos al cielo
descendió
a nascer acá entre nos,
y a vivir en este suelo
do murió.

[XXXV]

«Non se os haga tan amarga
la batalla temerosa
qu'esperáys,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexáys.

Aunqu'esta vida d'onor
tampoco non es eternal
ni verdadera;
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal,
peresçedera.»

[XXXVI]

«El bivuir qu'es perdurable
non se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
donde moran los pecados
infernales;

mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
e con lloros;
los cavalleros famosos,
con trabajos e afflictiones
contra moros.»

Fin

[XL]

Assí, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
y de sus hijos e hermanos
e criados,
dió el alma a quien ge* la dió
(el qual la ponga* en el cielo
en su gloria),
que haunque la vida perdió,
dexónos harto consuelo
su memoria.

[XXXVII]

«E pues vos, claro varón,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos;

e con esta confiança
e con la fe tan entera
que tenéys,
partid con buena esperanza,
qu'estotra vida tercera
ganaréys.»

[Responde el Maestro:]

[XXXVIII]

«Non gastemos* tiempo ya
en esta vida mesquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;

e consiento en mi morir
con voluntad plazentera
clara e pura,
que querer hombre vivir
quando Dios quiere que muera,
es locura.»

JORGE MANRIQUE: *Coplas por la muerte de su padre.*
(Edición de Giovanni Caravaggi en editorial Taurus, 1984)

LA CELESTINA

VEINTENO AUTO

[...]

MELIBEA. Padre mío, no pugnes ni trabajes por venir donde yo estoy, que estorbarás la presente habla que te quiero hacer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija. Mi fin es llegado, llegado es mi descanso y tu pasión, llegado es mi alivio y tu pena, llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida. No la interrumpas con lloros ni palabras; si no, quedarás más quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes ni respondas más de lo que de mi grado decirte quisiere, porque cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo, y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrecientan la saña. Oye, padre viejo, mis últimas palabras, y, si como yo espero, las recibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace. Bien oyes este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas. De todo esto fui yo causa. Yo cubrí de luto y jergas en este día cuasi la mayor parte de la ciudadana caballería, yo dejé muchos sirvientes descubiertos de señor, yo quité muchas raciones y limosnas a pobres y envergonzantes; yo fui ocasión que los muertos tuviesen compañía del más acabado hombre que en gracias nació, yo quité a los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud. Yo fui causa que la tierra goce sin tiempo el más noble cuerpo y más fresca juventud que al mundo era en nuestra edad criada. Y porque estarás espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho. Muchos días son pasados, padre mío, que penaba por mi amor un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste. Conociste asimismo a sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor y tan poco el lugar para hablarme, que descubrió su pasión a una astuta y sagaz mujer que llamaban Celestina. La cual, de su parte venida a mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí a ella lo que a mi querida madre encubría. Tuvo manera como ganó mi querer, ordenó cómo su deseo y el mío hubiesen efecto. Si él mucho me amaba, no vivo engañado. Concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa. Quebrantó con escalas las paredes de tu huerto, quebrantó mi propósito. Perdí mi virginidad, del cual deleitoso yerro de amor gozamos cuasi un mes. Y como esta pasada noche viniese, según era acostumbrado, a la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, según su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traía no diestros en aquel género de servicio, y él bajaba presuroso a ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle, con el gran ímpetu que llevaba no vio bien los pasos, puso el pie en vacío y cayó. Y de la triste caída sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos, cortáronle sin confesión su vida, cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¡qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada! Su muerte convida a la mía, convidame y fuerza que sea presto sin dilación; muéstrame que ha de ser despeñada, por seguirle en todo. No digan por mí: «A muertos y a idos...» Y así, contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto!; espérame, ya voy. Detente, si me esperas; no me incuses la tardanza que hago dando esta última cuenta a mi viejo padre, pues le debo mucho más. ¡Oh padre mío muy amado! Ruégote, si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas, juntas nos hagan nuestras exequias. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros, que por más aclarar mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria, con la turbación, me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame a mi cara y amada madre, sepa de ti largamente la triste razón por que muero.

¡Gran placer llevo de no la ver presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez, que en largos días largas se sufren tristezas. Recibe las arras de tu senetud antigua, recibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella. A Él ofrezco mi alma. Pon tú en cobro este cuerpo que allá baja.

FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*.

(Edición actualizada de Florencio Sevilla, ed. Edelvives)

IV. SIGLO XVI

V

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escrebir de vos deseo
vos sola lo escrebistes, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros,
mi alma os ha cortado a su medida,
por hábito del alma misma os quiero;

cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

GARCILASO DE LA VEGA: *Poesía castellana completa*
(Edición de Consuelo Burell. Ed. Cátedra)

EL LAZARILLO

Prólogo

Yo, por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaran tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y assí vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debería romper, ni echar a mal, si muy detestable no fuesse, sino que a todos se comunicasse, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto, porque, si assí no fuesse, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y, si hay de qué, se las alaben. Y, a este propósito, dice Tulio: *La honra cría las artes*.

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escudo tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el desseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y assí en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que dessea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!» justó muy ruinmente el señor don fulano, y dio el sayete de armas, al truhán, porque le loaba de haber llevado muy buenas lanças: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va de esta manera; que, confessando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada, que en este grossero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y desseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba, y relate el

caso, muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados" cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerla y maña remando, salieron a buen puerto.

Tratado VII

[...]

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dexan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios, que ellos dicen la verdad, *aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela* (errata *sospechula*) *y habido algunas malas cenas por esperarla algunas noches basta las laudes y aún más, y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dixo en Escalona, estando asido del cuerno; aunque de verdad siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hazerme malcasado, y no le aprovecha*; porque allende de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá; que él me habló un día muy largo delante de ella y me dixo:

-Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella... Ella entra muy a tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

-Señor -le dixe-, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de esso, y aun por más de tres veces me han certificado que, antes que conmigo casasse, había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado; en tal manera que quisiera ser muerto, antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo, y mi señor de otro, tanto le diximos y otorgamos, que cessó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrasse y saliesse, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y assí quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo:

-Mirá, si sois mi amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero, y la amo más que a mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Y quien otra cosa me dixere, yo me mataré con él.

De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. [...]

ANÓNIMO: *Lazarillo de Tormes*
(Edición de José Caso González, ed. Bruguera)

V. SIGLO XVII**DON QUIJOTE DE LA MANCHA****1ª PARTE (1605)**

PRÓLOGO

Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote...

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El *resto* della concluían sayo de velarle, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana sé honraba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexi^{<bn} *recia*, *seco* de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; hasta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradora para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura*. Y también cuando leía: ... *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza*.

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderías y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del

Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende' robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, 1" al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, dej imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos habla que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpíablas y aderezálas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tomó a hacer de nuevo, poniéndole una barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y [le] cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, qui o ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que sin duda se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir." Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre

de su reino y patria, por [hacerla] famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él:

-Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarte presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendido: "-Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?"

¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPÍTULO VIII

[...]

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

-O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

-Peor será esto que los molinos de viento -dijo Sancho-. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

-Ya te he dicho, Sancho -respondió don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras; lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Ydiciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

-Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

-Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forzadas princesas.

-Para conmigo no hay palabras blandas; que ya yo os conozco, fementida canalla -dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

-La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que criome que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

-¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

-Ahora lo veredes, dijo Agrajes -respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazósu rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avinole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio una gran voz, diciendo:

-¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la Hermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando determinación de aventirrarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba asimesmo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen, y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO IX

Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaíno y al famoso don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirían y tenderían de arriba abajo y abrirían como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncado tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba.

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, a mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes,

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras

porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas el cual, o la tenía oculta o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna, y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y

verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuestras, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón, o algún villano de hacha y capellina, o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun a mí no se me deben negar, por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljarniado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Preguntéle yo que de qué se reía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

-Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: "Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha."

Cuando yo oí decir "Dulcinea del Toboso," quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrito por Cíde Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándosela al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el vizcaíno un título que decía: *Don Sancho de Azpetia*, que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante estaba otro que decía: *Don Quijote*. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía: *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a ésta se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella

que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera estender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera:

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el desnudo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno; el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volvérsela la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole, de camino, gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fue de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y, apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso, sacó los pies de los estribos y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y a pocos corcovos dio con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vio caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran tnerced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió con mucho entono y gravedad:

-Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

-Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.



2ª PARTE (1615)

CAPÍTULO XXII

Donde se da cuenta [de] la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha

[...]

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad.

Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y así, compraron casi cien brazas de soga, y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas e intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el priglo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

-Mire vuestra merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

-Ata y calla -respondió don Quijote-; que tal empresa como aquésta, Sancho amigo, para mí estaba guardada.

[...]

Iba don Quijote dando voces que le diesen soga, y más soga, ellos se la daban poco a poco, y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga, y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron a recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, a las diez vieron distintamente a don Quijote, a quien dio voces Sancho, diciéndole:

-Sea vuestra merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta.

Pero no respondía palabra don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara, y mirando a una y otra parte como espantado, dijo:

-Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto: ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! [...]

CAPÍTULO XXIII

De las admirables cosas que el estremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa

Las cuatro de la tarde serían, cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dio lugar a don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase a sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente:

-A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra, a la derecha mano, se hace una concavidad y capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo, cuando ya iba cansado y mohino de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella oscura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oírme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y, haciendo della una rosca o rimerero, me senté

sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me saltó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto; con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora.

Ofreciéseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; cefilale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra mitanesal negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme:

"-Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperarnos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre." [...]

CAPÍTULO XXIV

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia

Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

"No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero ésta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero, hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias." [...]

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: *Don Quijote de la Mancha*.
(Edición de John Jay Allen, ed. Cátedra)

AUTOR.	Pues soy tu Autor, y tú mi hechura eres, hoy de un concepto mío la ejecución a tus aplausos fio. Una fiesta hacer quiero	40
	a mismo poder, si considero que sólo a ostentación de mi grandeza fiestas hará la gran Naturaleza; y como siempre ha sido lo que más ha alegrado y divertido la representación bien aplaudida, y es representación la humana vida, una comedia sea la que hoy el cielo en tu teatro vea. Si soy Autor, y si la fiesta es mía por fuerza la ha de hacer mi compañía. Y pues que yo escogí de los primeros los hombres y ellos son mis compañeros, ellos, en el teatro del mundo, que contiene partes cuatro', con estilo oportuno han de representar. Yo a cada uno el papel le daré que le convenga, y porque en fiesta igual su parte tenga el hermoso aparato de apariencias,, de trajes el ornato hoy prevenido quiero que, alegre, liberal y lisonjero, fabriques apariencias que de dudas pasen a evidencias. Seremos, yo el Autor, en un instante: tú el teatro, y el hombre el recitante.	45 50 55 60 65
MUNDO.	Autor generoso mío, a cuyo poder, a cuyo acento obedece todo, yo el gran teatro del mundo, para que en mí representen los hombres, y cada uno halle en mí la prevención que le impone el papel suyo, como parte obediencia", que solamente ejecuto lo que ordenas, que aunque es mía la obra el milagro es tuyo, primeramente porque es de más contento y más gusto no ver el tablado antes que esté el personaje a punto, lo tendré de un negro velo todo cubierto y oculto que sea un caos donde estén los materiales confusos". [...]	70 75 80 85
	Y pues que ya he prevenido	

cuanto al teatro, presumo
que está todo ahora; cuanto
al vestuario, no dudo
que allá en tu mente le tienes,
pues allá en tu mente juntos,
antes de nacer, los hombres
tienen los aplausos suyos.
Y para que desde ti
a representar al mundo
salgan y vuelvan a entrarse,
ya previno mi discurso
*dos puertas: la una es la cuna
y la otra es el sepulcro.*
Y para que no les falten
las galas y adornos juntos,
tendré prevenido a punto
al que hubiere de hacer rey,
púrpura y laurel agosto;
al valiente capitán,
armas, valores y triunfos;
al que ha de hacer el ministro,
libros, escuelas y estudios.
Al religioso, obediencias;
al facineroso, insultos;
al noble le daré honras,
y libertades al vulgo.
Al labrador, que a la tierra
ha de hacer fértil a puro afán,
por culpa de un necio,
te daré instrumentos rudos.
A la que hubiere de hacer
la dama, le daré sumo
adorno en las perfecciones,
dulce veneno de muchos.
Sólo no vestiré al pobre
porque es papel de desnudo,
porque ninguno después
se queje de que no tuvo
para hacer bien su papel
todo el adorno que pudo,
pues el que bien no lo hiciere
será por defecto suyo,
no mío. Y pues que ya tengo
todo el aparato junto,
¡venid mortales, venid
a adornaros cada uno
para que representéis
en el *teatro del mundo!*

(Vase.)

AUTOR. Mortales que aun no vivís
y ya os llamo yo mortales,
pues en mi presencia iguales
antes de ser asistís,

280

- Y la comedia acabada,
ha de cenar a mi lado
el que haya representado 430
sin haber errado en nada
su parte más acertada;
allí, igualaré a los dos.
- HEMOSURA. Pues, decidnos, Señor, Vos,
¿cómo en lengua de la fama 435
esta comedia se llama?
- AUTOR. *Obrar bien, que Dios es Dios.*
- REY. Mucho importa que no erremos
comedia tan misteriosa.
- RICO. Para eso es acción forzosa 440
que primero la ensayemos.
- DISCRECIÓN. ¿Cómo ensayarla podremos
sí nos llegamos a ver
sin luz, sin alma y sin ser
antes de representar? 445
- POBRE. Pues ¿cómo sin ensayar
la comedia se ha de hacer?
- LABRADOR. Del pobre apruebo la queja,
que lo asiento así, Señor,
(que son, pobre y labrador 450
para dar a la pareja).
Aun una comedia vieja
harta de representar
si no se vuelve a ensayar
se yerra cuando se prueba, 455
¿si no se ensaya esta nueva
como se podrá acertar?
- AUTOR. Llegando ahora a advertir
que siendo el cielo juez
se ha de acertar de una vez
cuando es nacer y morir.
- HERMOSURA. Pues ¿el entrar y salir
cómo lo hemos de saber
ni a qué tiempo haya de ser?
- AUTOR. Aun eso se ha de ignorar,
y de una vez acertar
cuanto es morir y nacer.
Estad siempre prevenidos
para acabar el papel;
que yo os llamaré al fin dél.
- POBRE. ¿Y si acaso los sentidos

tal vez se miran perdidos?

AUTOR. Para eso, común grey,
tendré desde el pobre al rey,
para enmendar al que errare
y enseñar al que ignorare.
Con él apunto a mí Ley;
ella a todos os dirá
lo que habéis de hacer, y así
nunca os quejaréis de mí.
Albedrío tenéis ya,
y pues prevenido está
el teatro, vos y vos medid
las distancias dos
de la vida.

DISCRECIÓN. ¿Qué esperamos?
¡Vamos al teatro!

TODOS, ¡Vamos
a obrar bien, que Dios es Dios!

(Al irse a entrar, sale el Mundo y detiéndelos.)

MUNDO. Ya está todo prevenido
para que se represente
esta comedia aparente 490
que hace el humano sentido.
[...]

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA: *El gran teatro del mundo.*
(Edición de Amando Isasi Angulo, ediciones Orbi)

– ↗ ↗ ↗ ∪ ∪ ∪ –

AVANZADILLA EN EL SIGLO XVIII

UN TEXTO FILOSÓFICO

Los miembros de una sociedad semejante (*societas civilis*) –es decir, de un Estado-, unidos con vistas a la legislación, se llaman *ciudadanos (cives)* y sus atributos jurídicos, inseparables de su esencia (como tal), son los siguientes: la *libertad legal* de no obedecer a ninguna otra ley más que aquella a la que ha dado su consentimiento; la *igualdad civil*, es decir, no reconocer ningún superior en el pueblo, sólo a aquél al que tiene la capacidad moral de obligarle jurídicamente del mismo modo que éste puede obligarle a él; en tercer lugar, el atributo de la *independencia civil*, es decir, no agradecer la propia existencia y conservación al arbitrio de otro en el pueblo, sino a sus propios derechos y facultades como miembro de la comunidad.

INMANUEL KANT: *Metafísica de las costumbres*.

Y UN TEXTO LITERARIO

D.DIEGO¹.- Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

D.^a FRANCISCA.- Y daré gusto a mi madre.

D. DIEGO.- Y vivirá usted infeliz.

D.^a FRANCISCA.- Ya lo sé.

D. DIEGO.- Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña²: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas para callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN: *El sí de las niñas*.

OBJETO DEL ESTUDIO (recordatorio)

Análisis del concepto de ser humano y su relación con el mundo a través de su expresión en los textos literarios (en su contenido y/o en su forma)

¹ La edad de don Diego ronda los sesenta años; doña Francisca tiene dieciséis.

EPÍLOGO

LOS PLACERES Y LOS DIAS
FRANCISCO UMBRAL

La cosa de Fátima

Después de darle color al difunto durante tanto tiempo, o a la difunta, que no se sabe bien, el Papa, este Papa, **Juan Pablo bis**, que tantas cosas convenientes e inconvenientes está haciendo en una especie de impaciencia o urgencia senil, se decide a revelar el tercer secreto de Fátima, como un magno mago mágico que ya no sabe con qué llamar la atención.

El secreto es que ya la Virgen había previsto, en su aparición a las pastorcillas portuguesas (misterioso e inquietante paralelismo con la clientela de Lourdes), el atentado contra un Papa blanco (todos van de blanco). Y el tema se confirmó cuando **Agca**, un hombre confuso en todo, atentó contra Juan Pablo hace unos 19 años, qué son los que el sujeto lleva prisionero en Italia por su frustrado deicidio. Pero Agca, iluminado de pronto, sale diciendo, con sensata lógica, que si lo que él hizo estaba ya previsto por la Virgen mucho antes, se considera exonerado de culpa y pide el indulto, la libertad, lo que sea. Se considera un instrumento del Destino, el ejecutor de algo que estaba escrito, y por tanto inocente, o más víctima que culpable. Lo cual que **Judas** también fue instrumento del cielo, pero sigue ahí de malo de la peli.

El Vaticano ha tenido a Agca, «el lobo gris», prisionero durante 19 años, y ha tenido a la pastorcilla, que es hoy una monja vieja, en clausura muy hermética. Todos los cabos del silencio estaban atados y bien atados. Los archivos de la Historia, un poco más solventes y en orden que los archivos del cielo, nos dicen que la KGB tenía enfilado a este Papa hace mucho, previendo su actuación política de polaco que, a través de un supuesto movimiento obrero y un supuesto **Walessa**, atentaría contra la URSS y echaría abajo el Muro de Berlín, en un gesto más simbólico que práctico. Todas estas cosas se vuelven a mover ahora, innecesariamente, porque el Papa ha sacado a la monja a hacer un número. Pero lo más decisivo de todo es la protesta de Agca, que hace temblar el Misterio y la Teología: si somos un instrumento de los dioses, ¿cómo castigarnos por nuestros crímenes? El Papa se ha pisado la bata y se ha pillado los dedos. Todo estaba prevista por Dios o por la Virgen. Todos somos Agca, «el lobo gris», todos somos víctimas inocentes de un dios cruel, reos indefensos de un cielo tiránico y tenso. A quien habría que reñir un poco, si acaso, es a la dulce Virgen, por organizar estas movidas y entremeterse en los asuntos de los hombres, largando el tema a unos niños ignorantes y sin escolarizar, o sea largona ella como toda mujer, mujer al fin.

Quizá pensaba el Papa que Agca estaba ya en el infierno, socarrado, y no iba a decir nada. El Papa olvida que hace unos meses nos explicó eso de que «el infierno no es un lugar». Y si el infierno no es un lugar ¿de dónde rayos ha salido Agca, que sí es un peatón y lleva 19 años currándose la pena por culpa de una Virgen indiscreta? Agca ha salido del paro, que tampoco es un lugar, sino de una cárcel de Italia por la parte Este, Ancona o sea. **Wojtyla** ha dado el espectáculo del 2000, pero le ha salido flojón.

*Artículo aparecido en el diario El Mundo
el miércoles 17/5/2000*

TEXTO PARA EL DEBATE

Tras la lectura comprensiva del siguiente texto, extraiga las ideas -tesis, argumentos, conclusiones- fundamentales y prepare -con documentación (sobre la ideología y época del autor, sobre los temas que tratan los textos...), con una batería de argumentos y conclusiones propias...- un guión para la discusión oral.

La memoria interior se nutre, pues, de esa memoria colectiva que se expresa, sobre todo, en la escritura. Esa memoria objetivada en los textos, en los libros, nos abre el dominio de la afectividad. Como el viejo lema del romanticismo alemán -«sólo los amigos se entienden»-, la *philia* [amistad] canaliza ese flujo de la subjetividad que se ha hecho en la memoria, y que encuentra en el texto el eco de su propio deseo. Entenderse es, en este caso, algo más que la comprensión intelectual de determinados contenidos teóricos, cuya coherencia se impone. El entender de la *philia* manifiesta, más bien, una compenetración en la que la voz del texto se hace voz del lector que, al escucharla, se habla a sí mismo. Una voz ajena que acaba haciéndose propia.

Esto nos lleva, una vez más a la ética y a la *paideia* [educación]. Poder oír el mensaje de la voz del pasado, que al presentarse en nuestro tiempo vuelve a revivir, nos enlaza no sólo con una realidad, la escritura, nacida en otros presentes, sino con la presencia de otro existir hacia el que se extiende nuestra posibilidad de «querer», el don de la *philia*. Y para ello se necesita una educación en el altruismo, en algo que nos aleja de un presente en el que sólo vemos la posibilidad de subsistir, de poseer, de dominar. La posesión de la lectura nos da esa riqueza que, como la del hombre «sensato», yace en el interior. Una riqueza hecha, según Sócrates pretende, de algo tan etéreo como la belleza y la inteligencia. Tal vez esa riqueza interior tenga que desplegarse en un mundo que exige claudicaciones y sumisiones, y que nos muestra, en su acuciante realidad, otros valores que aquellos que duermen tras el cristal de los textos. En esa frontera donde lo real es sólo palabra, aprendemos también a extender el cultivo de la *philia*, desde los textos, a la vida de los latidos, a esa vida contradictoria pero inevitable y acuciante, que nos exige entenderla en la inmediata y compleja crudeza de su equívoca y masiva presencia. Es posible que en el aire de una consciencia que analiza y verdaderamente «ve» el gran teatro del mundo, cuyo texto se escribe cada día y no precisamente desde el dominio donde la justicia, la belleza y el bien descansan, pueda levantarse, si no se deja morder por el egoísmo, una cierta melancolía; esa melancolía del esfuerzo inútil, desarmado ya para modificar la realidad y para evitar la destrucción, que arrastra la tentación del aislamiento y la soledad. La historia de la «sabiduría» nos presenta, al menos en los deseos que llegaron hasta nosotros desde el cristal de la escritura, abundantes ejemplos de esa retirada silenciosa.

Pero ya no es posible la fuga. La *philia*, que nos ata con el ingrátido mundo de los textos, acaba exigiendo algo más que la mera visión, que la etérea contemplación. El aprendizaje de esa «belleza», de ese altruismo donde se dibujan otros perfiles de la vida, nos obliga a extender la vinculación afectiva hacia el mundo. No importa que ese mundo se manifieste, a veces, como la mueca dolorosa provocada por sus contradicciones. No importa tampoco el grado de crueldad y falsedad que, a ratos, se dibuja en su rostro. La *philia* nos lleva hacia el contenido de esa otra palabra, trivializada ya por el uso, pero que en su sustancia expresa la oculta armonía que sujeta la existencia: la *simpatía* (*sympatheia*), el sentir con el otro que es ya, por ello, uno mismo.

EMILIO LLEDÓ : *El surco del tiempo*

(Este texto es un fragmento,
el que cierra el libro,
del ensayo que con este título
publicó la editorial Crítica en 1992)

TEXTO PARA LEER Y DISFRUTAR, SIMPLEMENTE.

PANDÉMICA Y CELESTE

quam magnus numerus Libyssae arenae
.....
aut quam sidera rmulta, cum tacet nox,
furtiuos hominun uident amores.

CATULO, VII

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunión, con la botella
medio vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón infiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector —*mon semblable, —mon frère!*

Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos
a ser posible jóvenes:
yo persigo también el dulce amor,
el tierno amor para dormir al lado
y que alegre mi cama al despertarse,
cercano como un pájaro.
¡Si yo no puedo desnudarme nunca,
si jamás he podido entrar en unos brazos
sin sentir —aunque sea nada más que un momento—
igual deslumbramiento que a los veinte años!

Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.
Y es necesario en cuatrocientas noches
—con cuatrocientos cuerpos diferentes—
haber hecho el amor. Que sus misterios,
como dijo el poeta, son del alma,
pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Y por eso me alegro de haberme revolcado
sobre la arena gruesa, los dos medio vestidos,
mientras buscaba ese tendón del hombro.
Me conmueve el recuerdo de tantas ocasiones...
Aquella carretera de montaña
y los bien empleados abrazos furtivos
y el instante indefenso, de pie, tras el frenazo,
pegados a la tapia, cegados por las luces.
O aquel atardecer cerca del río
desnudos y riéndonos, de yedra coronados.
O aquel portal en Roma —en vía del Babuino.
Y recuerdos de caras y ciudades
apenas conocidas, de cuerpos entrevistados,
de escaleras sin luz, de camarotes,

de bares, de pasajes desiertos, de prostíbulos,
y de infinitas casetas de baños,
de fosos de un castillo.
Recuerdos de vosotras, sobre todo,
oh noches en hoteles de una noche,
definitivas noches en pensiones sórdidas,
en cuartos recién fríos,
noches que devolvéis a vuestros huéspedes
un olvidado sabor a sí mismos!
La historia en cuerpo y alma, como una imagen rota,
de la langueur à ce mal d'être deux.
Sin despreciar
—alegres como fiesta entre semana—
las experiencias de promiscuidad.

Aunque sepa que nada me valdrían
trabajos de amor disperso
si no existiese el verdadero amor.
Mi amor,
 íntegra imagen de mi vida,
sol de las noches mismas que le robo.

Su juventud, la mía,
—música de mi fondo—
sonríe aún en la imprecisa gracia de cada cuerpo joven,
en cada encuentro anónimo,
iluminándolo. Dándole un alma.
Y no hay muslos hermosos
que no me hagan pensar en sus hermosos muslos
cuando nos conocimos, antes de ir a la cama.

Ni pasión de una noche de dormida
que pueda compararla
con la pasión que da el conocimiento,
los años de experiencia
de nuestro amor.
 Porque en amor también
es importante el tiempo,
y dulce, de algún modo,
verificar con mano melancólica
su perceptible paso por un cuerpo
—mientras que basta un gesto familiar
en los labios,
o la ligera palpitación de un miembro,
para hacerme sentir la maravilla
de aquella gracia antigua, fugaz como un reflejo.

Sobre su piel borrosa,
cuando pasen más años y al final estemos,
quiero aplastar los labios invocando
la imagen de su cuerpo
y de todos los cuerpos que una vez amé
aunque fuese un instante, deshechos por el tiempo.
Para pedir la fuerza de poder vivir
sin belleza, sin fuerza y sin deseo,
mientras seguimos juntos
hasta morir en paz, los dos,
como dicen que mueren los que han amado mucho.

JAI ME GIL DE BIEDMA: *Volver*.
(Antología del poeta. Editorial Cátedra)